

ESTELA DE CONDENSACIÓN

Kim Ae-ran

Traducción del coreano:

Han Seoa

Ana González Llorente

Este libro ha sido publicado con el apoyo del *Literature Institute of Korea (LTI Korea)*


QUATERNI

ÍNDICE

¿Cómo va tu verano?.....	9
Insectos.....	45
Goliats en el agua	79
La noche de allí, la canción de aquí	121
El eje del día	161
Cutículas.....	195
Hotel Neak Ta.....	233
Treinta años.....	269
Nota de la autora	299

¿CÓMO VA TU VERANO?

Jun me llamó para preguntarme si podíamos vernos. Habían pasado dos años. Le respondí que hoy tenía cosas que hacer.

—¿A qué hora? —preguntó de una manera poco habitual en él.

—Esta noche tengo que ir a mi pueblo natal —dije mientras jugueteaba con mi teléfono móvil—. Al funeral de un amigo.

—Ah... —murmuró Jun. Después de dudar un poco, preguntó—: ¿Y por la tarde?

Rebusqué en la cómoda y, ya que estaba, me puse a organizar la ropa. Aunque era junio, fuera hacía un calor sofocante. Bajé las cajas del estante y las volqué en el suelo. El polvo del año pasado se esparció por toda la casa. También saqué todo lo que había en los cajones. Mi intención era trasladar la ropa de invierno a las cajas y llenar los cajones con la ropa de verano. Había ropa de todas las tallas

debido a mis frecuentes fluctuaciones de peso. La diferencia entre mi peso más bajo y el que tenía ahora era de veinte kilos. Hace seis meses, subí de peso a gran velocidad después de dejar mi segundo trabajo. En esa época, me pasaba todo el día tumbada en el suelo con el ordenador portátil y un montón de golosinas al lado, navegando por internet o viendo series americanas.

Seguro que Jun también escuchó a alguien hablar de mí y por eso me llamó. De otro modo no me hubiera pedido un favor, tan de repente, un día entre semana. Harta de la ropa pesada, saqué la de verano con entusiasmo. El año pasado compré muchísima ropa: por temporada, siguiendo la moda y según mi estado de ánimo, porque tenía suficiente dinero para hacerlo y descubrí el placer de vestir bien. Sabía que, si compraba ropa, tendría que quedar con gente, y si quedaba con gente, tendría que beber, y si bebía, cometería errores, y si cometía errores, me arrepentiría. Pero incluso ese patrón me daba la tranquilidad de saber que no estaba llevando una vida demasiado alejada de las normas sociales. Y, sobre todo, en esa época me gustaba mi cuerpo.

La única vez que pesé más de lo que pesaba ahora fue en mi último año de bachillerato. Un día, mientras devoraba un bloque de pan de sándwich sin molestarme en cortarlo, mi padre, que estaba viendo la televisión, de repente me gritó:

—¡Deja de comer así!

Mi familia no era muy habladora, así que todos miramos a mi padre sorprendidos. Mi padre era una persona tranquila y moderada, y casi nunca había hablado conmigo antes ni después de eso. Al final, las únicas palabras serias que mi

padre me dirigió fueron: «¡Deja de comer así!». Mi madre, por el contrario, me animaba a comer todo lo que quisiera. Incluso ahora, en las reuniones familiares, se jactaba de mí delante de los parientes diciendo: «Nada más levantarse ya está comiendo pasteles de arroz, sin beber agua siquiera». Mi madre me encontraba perfecta pesara 48 o 70 kilos. Siempre he mostrado una actitud indiferente ante las reacciones de mis padres. Hasta entonces, pensaba que todavía se debía a la gordura típica de la infancia.

Mi ropa de verano no era tan bonita como recordaba. Era extraño, porque eran prendas que compré con entusiasmo nada más verlas. ¿Por qué las cosas pasan de moda tan rápido? No había transcurrido tanto tiempo. Me entristeció ver ese montón de ropa arrugada, como un testimonio de mi mal gusto y mi historial de compras. ¿Cómo pude lucir esa ropa con tanto orgullo el año pasado? Aun así, tenía que elegir algo para el funeral. Después de dudar entre falda y pantalón, opté por una falda de corte A negra que me llegaba hasta la rodilla. Por suerte, tenía una camisa del mismo color a juego, así que no parecía una mala elección para un atuendo de condolencia de entretiem po. De hecho, tenía muchas prendas negras.

Jun fue la persona que me llevó a un estadio de béisbol por primera vez. También fue él quien me enseñó los centros de cultura indie del distrito universitario de Hongdae y los pequeños teatros de Daehak-ro y su agradable frescura. Es decir, era ese tipo de hombre amable y popular que hay en

cualquier grupo. Nunca había visto un hombre tan ideal. Del tipo que inspira respeto, que te dan ganas de hablar y hasta pasar la noche juntos si fuera posible. Incluso si hubiera tenido alguna preferencia sexual inusual, habría estado tentada de complacerle costara lo que costara, diciendo: «Otros prefieren la libertad, pero a mí me gusta obedecer».

En esa época, tenía un prejuicio infundado sobre los hombres. Pensaba que solo había dos tipos de hombres: los buenos pero aburridos y los divertidos pero malos. Más tarde comprendí que el mundo no era tan simple. También me di cuenta de que quienes realmente me atraían no eran los hombres buenos ni los malos, sino aquellos que entendían bien la complejidad y las irregularidades del ser humano. En ese momento, Jun me parecía el único hombre que podía ser bueno y divertido a la vez. De hecho, eso también se debía a que yo era una estudiante universitaria arrogante que se consideraba demasiado madura para su edad y pensaba que todos los chicos de mi edad, independientemente de su apariencia, eran unos idiotas.

Conocí a Jun en la fiesta de bienvenida para los nuevos estudiantes. En ese momento, yo estaba desorientada entre la cantidad de gente, la pésima calidad del aire y los innumerables productos que ofrecían a los estudiantes. Por supuesto, el jardín del campus y el aire fresco de la noche primaveral eran suficientes para emocionarme. Incluso ahora, sigo pensando que la fitoncida, una sustancia secretada por los árboles para defenderse, contiene el elixir del amor. De lo contrario, sería imposible explicar por qué había tantos jóvenes tan emocionados y aturridos a la vez

al comienzo del año escolar. La energía que irradiaba la juventud en su época reproductiva era sutil, torpe, descarada y, al mismo tiempo, fresca. Estaba encantada de cumplir veinte años en una nueva ciudad. También me agradaban la mirada, el tono de voz y la expresión de la gente del departamento de Filosofía. Sin embargo, como suele ocurrir a esa edad, estaba envuelta en una melancolía inexplicable. Me gustaba esa tristeza y, lo que es peor, esperaba que alguien se diera cuenta.

Por eso me alejé del grupo que estaba reunido en el césped el día de la ceremonia de bienvenida. Quería que mi ausencia hiciera notar mi presencia. Aunque me alejé del grupo, deambulaba por los alrededores de la facultad de Humanidades en lugar de regresar a casa. No me gustaba la sensación de estar comportándome como una niña y estar fingiendo algo, pero deseaba que alguien me encontrara, como si descubriera una imagen oculta, y dibujara un gran y fresco círculo en mi frente. Pero allí, en el pasillo oscuro del edificio de la facultad de Humanidades, estaba Jun. Una silueta larga y borrosa en la esquina al final del pasillo. No sabía si había ido al baño o a revisar su taquilla. Lo importante es que me reconoció.

—Eres Mi-young, ¿verdad? Seo Mi-young.

—¿Eh? Sí.

Me sorprendió que supiera mi nombre. Al mismo tiempo, sentí una leve inquietud. Pensé que tal vez se fijó en mí porque estaba gorda o porque acababa de contar una broma vulgar y arruinado el ambiente durante el juego de la verdad.

—Dijiste que eres de Unsan, ¿verdad? Lo recuerdo porque mi padre nació allí.

—Ah, sí.

—¿Qué haces aquí sola?

—Ah, eh... Nada, estaba pensando en mis cosas.

No sé si fue por mi pésima excusa o porque parpadeé demasiado, pero Jun se rio un poco.

—Te estaba buscando porque no te veía. Luego nos vemos.

Asentí con torpeza y caminé en dirección opuesta. No tenía un destino en mente, pero sentí que debía hacerlo. Él se dirigió hacia el césped, pero después de dar unos pocos pasos, se volvió y dijo:

—Levanta la cabeza al caminar, pequeña.

Tal vez por eso, más adelante, cuando alguien me preguntó qué era el amor, respondí: «Alguien que nota mi ausencia». Lo dije tan en serio que enfrié el ambiente de la reunión. Después de eso, creo que incluso yo me sentí incómoda y empecé a beber sin control. Fue la noche que el jefe de sección se entusiasmó y sugirió jugar al juego de la verdad, y yo grité: «¡Oiga, lo que más odio en el mundo es la verdad, y lo segundo los juegos!». Probablemente también fue en la fiesta de bienvenida para los nuevos empleados. Cuando el supervisor dijo riendo: «¿Qué te pasa, Mi-young?», grité con valentía, como el protagonista de la película *El espíritu de Bruce Lee*: «¡Que se joda toda la verdad de Corea!», y me desplomé sobre la mesa. Luego, creo que me quedé dormida con el traje de dos piezas, sentada en la silla y con las piernas abiertas. Después de eso, durante todo el tiempo que estuve en esa empresa, se burlaron de mí llamándome «verdadfóbica» y «juegofóbica».

«Levanta la cabeza al caminar, pequeña».

Pequeña, pequeña... No sabía si era una expresión cariñosa o una forma de borrar mi género. Jun, a menudo, me llamaba pequeña. Y cuando me revolvía el pelo con su enorme mano, me sentía tan conmovida y reconfortada que deseaba ponerme de puntillas y gritar «¡Más! ¡Más!». En cualquier caso, fue un momento insignificante que no duró ni un minuto, pero, sin darse cuenta, Jun estaba logrando algo importante. Acababa de dibujar un círculo rojo en mi cabeza.

El sitio al que me pidió ir estaba bastante lejos. Puse la ropa de verano con olor a naftalina en la lavadora, comí arroz hervido con atún enlatado y salí temprano de casa. En el metro ya tenían puesto el aire acondicionado. Hacía mucho tiempo que no salía. El paisaje verde claro y la luz del sol entraban suavemente por las ventanas. Cerré los ojos y respiré hondo. Me sentí como si las partículas transparentes de fitoncida se filtraran a través de la pared de cristal.

«¡Qué gusto! Qué aire tan agradable hace estos días...», pensé.

Cuando exhalé, inmediatamente sentí una presión en la cintura. Me sentía hinchada porque había estado metiendo tripa. Me preocupaba que el cierre de mi falda se rompiera. En el pasado, durante una cita a ciegas, también me ocurrió algo similar: llevaba una camiseta ajustada y, al contener la respiración, acabé eructando delante de la otra persona.

Al principio, después de hablar con Jun por teléfono esa mañana, decidí que no iba a quedar con él. No quería

explicarle cómo estaba y tampoco quería que me viera estando más gorda que antes. Jun nunca me había visto cuando era más delgada. Empecé a perder peso cuando me enamoré de él, y conseguí tener una buena figura al encontrar trabajo. También me preocupaba que Jun tuviera la impresión de que era una perdedora al verme la cara. La fotosíntesis, al igual que las ondas electromagnéticas, se refleja en los rostros de las personas que viven de ella. Sin embargo, cuando Jun me dijo «ayúdame», mi voluntad tembló. Teniendo en cuenta que por su personalidad no le gustaba molestar a los demás, pude suponer lo desesperado que estaba cuando me llamó. Por otro lado, estaba agradecida y feliz de que acudiera a mí cuando estaba pasando por un momento difícil. No me importaba llegar tarde al funeral. La funeraria estaba cerca de la terminal de autobuses y tenía previsto dormir en casa de mis padres, así que solo tenía que asegurarme de no perder el último autobús.

«¿Dónde estás?»

Cuando vibró el teléfono, me sobresalté sin darme cuenta.

«Estoy de camino. Creo que llegaré antes de la una.»

«Llámame cuando llegues al vestíbulo. Gracias de nuevo por venir.»

Acaricié la palabra «gracias» con el pulgar en la pantalla. Luego me quedé ensimismada mirando por la ventana y, preocupada por si tenía mal aliento, saqué un chicle de mi bolso y comencé a masticarlo.

¿Jun también lo sabía? Que tenía los ojos puestos en él desde hace mucho tiempo. Que lo admiraba y que también

me gustaba. Puede que sí, o puede que no. De cualquier manera, no importa. Después de todo, Jun tenía novia. Pensé que no podría superar el tiempo que habían compartido juntos. Aunque nunca había visto a su novia, estaba segura de que era mejor que yo. Era obvio, porque era la chica que Jun había elegido. Incluso tenía ganas de querer a esa mujer también. Al principio, no esperaba nada. Simplemente estaba agradecida de tener a Jun como estudiante de apoyo en la universidad y como amigo, porque era difícil encontrar a alguien con quien poder hablar con sinceridad de las cosas. Aunque recuerdo la alegría que sentía al recibir sus mensajes de texto en mi desolado estudio, sin televisión ni ordenador, que mi corazón también destellaba con la pequeña luz roja que anunciaba la llegada de un nuevo mensaje suyo en mitad de la noche, y que sus frases ingenuas e infantiles, que solo se podían escribir a esa edad, me proporcionaron un gran consuelo.

Jun siempre me escuchaba con atención. No juzgaba ni daba consejos a la ligera y era bueno contando chistes extravagantes y alegres. Sabía cómo consolar a la otra persona sin hacer que se sintiera avergonzada. Tiempo después, me uní al club de poesía que dirigía de forma natural. Jun dijo que le gustaba lo que escribía. Pensé que a cualquiera que le gustara mi escritura, evidentemente también le gustaría yo. Así que era feliz gastando el dinero que mi madre me había dado para poner la calefacción en beber con él y durmiendo en un estudio helado con una chaqueta de plumas. Porque ese día fue la primera vez que Jun me pidió que le comprara algo.

Un día, mientras pasaba el tiempo sola en mi estudio, le envié un mensaje a Jun convencida de que ya nos habíamos

MÁS LIBROS DE NUESTRA COLECCIÓN COREANA

Si has disfrutado de *Estela de condensación* de Kim Ae-ran, te invitamos a explorar otros títulos destacados de nuestra colección de literatura coreana. Cada uno de estos libros ofrece una perspectiva única y cautivadora de la cultura y la narrativa coreana.



Rompecabezas de *Kwon Ji Ye*

Una historia intrincada que explora las complejidades de la vida moderna en Corea del Sur.

Un rompecabezas que, una vez armado, revela la belleza y el caos de la existencia humana.



Misuk. La chica del año de *Cheong Won*

La conmovedora historia de Misuk, una joven que lucha por encontrar su lugar en un mundo en constante cambio.

Un manhwa que captura la esencia de la juventud y la resiliencia.



Entre la vida y la muerte de **Chung So-hyun**

Un viaje emocional que explora los límites entre la vida y la muerte, el amor y la pérdida.

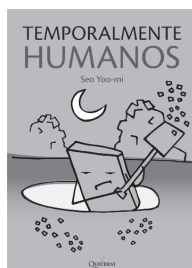
Una obra que te hará reflexionar sobre lo que realmente importa en la vida.



Bestias de una pequeña tierra de **Juhea Kim**

Una épica historia de amor, guerra y redención que sigue a personajes inolvidables a través de cincuenta años de historia coreana.

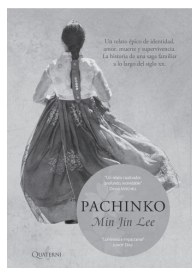
Una obra que desnuda las complejidades del alma humana en tiempos de adversidad.



Temporalmente humanos de **Seo Yoo-mi**

Una colección de relatos que, con ingenio y sarcasmo, exploran las dificultades cotidianas de la vida moderna.

Una visión del mundo en que vivimos tan original como divertida.



Pachinko de **Min Jin Lee**

Una saga familiar que abarca cuatro generaciones y explora temas de identidad, amor y sacrificio.

Una epopeya conmovedora que te sumerge en las vidas y luchas de una familia a lo largo de décadas, desde Corea hasta Japón.